

SERMÓN
DEL PATROCINIO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

PREDICADO
en la Santa Iglesia Metropolitana de Valladolid

EN EL AÑO DE 1883



Beatam me dicent omnes generationes.
Todas las generaciones me llama-
rán bienaventurada.

LUC., I, 48.

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

ESTAS consoladoras palabras fueron pronun-
ciadas, hace más de diecinueve siglos, por
unos labios humanos; pero el espíritu que daba
vida á aquel ser estaba enriquecido con todos los
destellos de las grandezas divinas.

Las almas nobles y justas, adoctrinadas en las
enseñanzas de las Sagradas Letras, no se com-
placían ciertamente en la propia alabanza: y si un
San Pablo ensalza los favores celestiales de que le
colma el Altísimo, para afianzar entre los judíos y
los gentiles la autoridad de su apostolado y de su
magisterio; si un Juan Evangelista revela al mun-
do sus visiones sublimes para confundir el error
y para afirmar en la fe aquellas florecientes Igle-
sias del Asia Menor, nacidas al calor de su cari-

dad y su doctrina; si los grandes taumaturgos se mostraron á los pueblos como los hombres de la virtud y del poder, lejos de hallar nosotros en el fondo de tanta sabiduría y de tan altos hechos ni la más ligera ráfaga de las vanidades mundanas, no encontraremos otra cosa que los designios de Dios, los mandatos de Dios, la delegación de Dios, los anhelos vehementes y purísimos de los elegidos de Dios, para defender la gloria y la majestad del Ser Increado y Eterno por toda la redondez de la tierra.

Es el Dios Omnipotente, Señor Excmo., quien para revelarse al mundo como su Creador y Conservador Único y Soberano, ha querido decir de esta manera: «Yo soy el que soy (1);» esto es, el Ser necesario é Infinito, existente por sí, y que es Principio de todo cuanto existe. Es el Verbo Encarnado, Dios de Dios, consubstancial al Padre, el que ha podido pronunciar estas solemnes y decisivas palabras: «Yo soy la luz del mundo (2); Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (3).» Y es también la Virgen María, Madre de ese Verbo Divino que desciende del cielo para habitar entre nosotros, la que, inspirada por Dios, transfigurada en su místico júbilo, primogénita de todas las criaturas, tocando los límites de la Divinidad, según la memorable frase de Santo Tomás de

(1) *Exod.*, III, 14.

(2) *Joan.*, VIII, 12.

(3) *Id.*, XIV, 6.

Aquino, pudo exclamar así en una hora solemne, llevada del ímpetu de sus adoraciones y de la llama de su ternura: «Desde hoy me llamarán bienaventurada todas las generaciones.» Pero este hermoso elogio, tan propio y tan legítimo en los labios de la Madre de un Dios, cuyo destino no tiene semejante, fué, sin embargo, hecho con el mismo fin que guió á todos los Santos; con el ferviente deseo de cantar las alabanzas del Señor, de inclinarse ante la majestad de sus Atributos, de confesar delante de las gentes que Él solo es el poderoso, el Sabio, el Clementísimo; que Él exalta á los humildes y confunde á los soberbios, y que de ese Padre celestial, donde reside toda luz, derivan sobre el hombre la verdad que liberta, la gracia que purifica, la esperanza que consuela, la caridad que perdona y que salva.

La historia del Catolicismo nos dirá en todas sus páginas si ese magnífico anuncio de la Madre del Salvador del mundo ha tenido en la serie de los siglos una confirmación venturosa. En esos maravillosos anales hallaremos el perfecto testimonio de que la devoción y el culto de la Virgen María fueron en todo tiempo lucerna inextinguible que alumbra los entendimientos serenos, astro que desvanece las tinieblas del error, confianza que fortalece los corazones doloridos, fuente de amor inagotable que mantiene los espíritus religiosos, como mantiene el aire la vida de los seres. Y allí veremos igualmente que si María fué para

la Iglesia y para las sociedades cristianas inspiración y amor, para nosotros, hijos de la católica España, nación la más fiel y más amante de la Inmaculada Virgen, el culto de esa Madre del cielo ha sido, por muy singular modo, el faro que alumbró y guía, y puerto salvador, y escudo fuerte y protección constante; y sus dulzuras y sus beneficios vivirán con vida perdurable en la memoria de nuestro pueblo, porque son prodigios reales y visibles, y favores señalados, y leyendas poéticas é interesantes, escritos con caracteres indelebles en el libro de nuestras tradiciones, y cuyas fechas y cuyas páginas ni pueden romperse ni olvidarse, porque nuestro fervor y nuestro entusiasmo se las representan tan inmortales y tan sobrehumanas como aquellas estrellas luminosas, imagen de los que enseñan á las almas para la justicia, y que han de brillar en el firmamento por eternidades perpetuas (1).

Debiendo establecer ahora la proposición que he de probar en el presente Discurso, diré, Señores, «que si toda la humanidad cristiana llama bienaventurada á María por sus excelencias y por su Patrocinio, nuestra patria, singularmente favorecida de tan amorosa Madre, debe corresponder á sus gracias y á sus misericordias con el más rendido amor y con especiales homenajes.» *Beata me dicent omnes generationes.*

(1) Dan., XII, 3.

Es suave y deleitoso, Señor Excmo., ponderar las hermosuras y las prerrogativas de la Santa Madre del Verbo; pero suspende y oprime en cierto modo el ánimo la idea de tanta excelsitud y de tan privilegiado destino. Imploramos, pues, para todos nosotros, y más aún para mi corazón y mi entendimiento, los auxilios del Espíritu Paráclito, por la mediación de esa Virgen Purísima, á la cual saludaremos con el Angel:

AVE, GRATIA PLENA, ETC.

LA fuente y el origen de todas las excelencias y todos los privilegios de la Virgen María están en su altísima dignidad de Madre del Eterno Verbo. «De María ha nacido Jesús,» nos dice el Evangelio (1); Jesús, Persona Divina con dos naturalezas, la divina y la humana, Verdad Infalible, Omnipotencia Absoluta, Caridad Infinita: y

(1) Quod natura non habuit, usus nescivit, ignoravit ratio, mens non capit humana, pavet coelum, stupet terra, creatura omnis, etiam coelestis miratur, hoc totum est quod per Gabrielem Mariæ divinitus nuntiatur. — Hieronym., Serm. *De Asumpt.*

Sancta Virgo Maria salutatur gratia plena, propterea quod eum conceperit, in quo omnis plenitudo deitatis corporaliter habitat. — Idem, in epist.

Quod nascetur ex te sanctum, vocabitur Filius Dei: id est, non solum qui de sinu patris in uterum tuum veniens obumbravit tibi, sed etiam id quod de substantia sua sociabit sibi, ex hoc jam vocabitur Filius Dei, quemadmodum et is qui à Patre ante secula est genitus, tuus quoque à modo reputabitur Filius. Sic autem et quod natum est ex ipso Patre erit tuus, et quod nascetur ex te erit ejus; ut tamen non sint duo filii, sed unus. Et licet aliud quidem ex te, aliud ex illo sit, jam non tamen cujusque suus, sed unus utriusque erit Filius. — Bern., hom. 4.

era gloria de la Trinidad Augusta, majestad del Padre, honor del Hijo, misión del Espíritu Santo, y era, además, aureola fulgentísima de la Redención del mundo por Nuestro Señor Jesucristo, inundar la inteligencia y el corazón de María con todos los destellos y todas las derivaciones posibles de la Divinidad Increada.

Ser necesario y bendito en el plan que la Providencia ordena para la restauración del linaje humano, las perfecciones de María habrán de ser un Océano de gracias que ni pueda medirse ni pueda sondearse. La idea de la Virgen Madre que concibe por virtud divina no es posible separarla de la idea del Hijo concebido: que si Jesucristo es Dios por Esencia, la Humanidad de Cristo está formada en las entrañas purísimas de María. La Sabiduría, la Justicia, la Santidad, la Omnipotencia, son Atributos substanciales de la Divinidad de Jesús; pero todo cuanto es eterno, esencial, absoluto, en Jesucristo, ha de comunicarse relativamente á esa Virgen, como esplendor, repetimos, del Dios Uno en Esencia y Trino en Personas, como fruto anticipado de los méritos del Mediador Divino (1), y como hermosa y super-

(1) Nunca será bastantemente admirada la profunda sabiduría de la Iglesia en la Oración que consagra al Misterio de la Concepción Inmaculada: *Deus, qui per Immaculatam Virginis Conceptionem dignum Filio tuo habitaculum præparasti: quæsumus, ut qui ex morte ejusdem Filii tui prævisa, eam ab omni labe præservasti, etc., etc.*

abundante recompensa de la humildad, de la obediencia, del amor santo, de la fidelidad sublime con que María corresponde á los secretos de la gracia y á la grandeza de sus destinos.

Así comprendemos bien cómo todas las generaciones y todos los siglos, reveladores inconcusos de los designios del Altísimo, vinieron preparando y figurando con tan extraordinarias consonancias á la Virgen María: y así nos explicamos de igual modo cómo las dulces promesas hechas por Dios en el Edén perdido, respecto de la Mujer libertadora, habían de ser consignadas en las teogonías de todos los pueblos; si bien á los entendimientos serenos y á los espíritus sensatos se les alcanza al punto que toda la poesía, todo el encanto de las vírgenes y las madres de los cultos del Paganismo son, respecto de la grandeza y la ternura de María, como el crepúsculo con relación al cenit, como el arroyo con relación al Océano; mejor diré, como la sombra respecto de la luz, y como las fuentes cenagosas comparadas con los manantiales cristalinos; porque ellas presentan á cada paso una señal de castidad mentida, un carácter de fábula y de mito que revelan pronto ser copia ó imitación del ser único verdadero, predestinado para encerrar en su seno purísimo al Salvador del mundo.

Sin duda que en las antiguas religiones, y muy principalmente en los Libros Sagrados de la India, hay vírgenes, y hay madres á quienes se atribu-

ye un divino origen; criaturas favorecidas, que son á su vez creadoras, que protegen y salvan, que dominan y reinan sobre el tiempo y el espacio; pero ellas no tienen la plenitud de la gracia, la plenitud de todas las virtudes, ni la plenitud del poder, porque nunca tuvieron la realidad de la misión, ni los merecimientos del sacrificio. No son vírgenes y madres que saben padecer, que saben sufrir los grandes dolores, y que saben triunfar, como María, con inmortales y decisivas victorias. Son seres privilegiados, pero no son la mujer primogénita de todas las criaturas. Son madres de los vivientes, pero no son la Madre del Dios Creador é Increado. Se las representa á veces colaborando de algún modo en la formación de los mundos; pero el mundo no fué creado por ellas, como fué creado por causa de María (1), puesto que María es Madre de Aquel por quien todo fué hecho (2). Esas vírgenes y esas madres pueden ser símbolos de la gloria y recreo de los corazones, pero no son la gloria misma, ni la santificación y los prototipos perfectos de las almas que en ellas se inspiran y se instruyen. En las diosas del Paganismo, no ya las diosas impuras y crueles, sino

(1) Propter hanc (Mariam) totus mundus factus est.— S. Bern., Serm. 3 *sup. Salve*.

Propter ipsam initio creatus est homo, et quidquid productum est propter hominem.— S. Isidor.: *Thess. De Annunt.*

(2) Joan., I.

las más honestas y compasivas, sólo confía el espíritu mientras goza sin recelo: en la fe de la Virgen María, Madre de Dios, Madre de los hombres, espera y descansa el alma en la felicidad y en el infortunio, cuando sonrío y cuando llora, porque Ella es la Soberana de los cielos, y el Consuelo de todos los afligidos, y la Dispensadora de todas las bendiciones.

Sí, Excmo. Señor: cuando en los Códigos Sagrados de los pueblos gentiles se habla de la Divinidad, y de las mujeres predilectas que en algún modo se nutren de la substancia divina, la mente que los imaginara, la mano que los escribiera, no lograron ocultar que todo era allí la mera obra de una fantasía rica y de una inteligencia poderosa. Pero en las Escrituras del Cristianismo, en los Libros de la Antigua Alianza, su fondo y su conjunto no nos cautiva por lo portentoso del genio, sino por el sello de la inspiración sobrehumana, por la fuerza avasalladora de la profecía que se cumple, de la idealidad que se realiza, de las abnegaciones sublimes, de las ternuras incomparables; demostración magnífica y completa de que la mano que estampó aquellas páginas de verdad y de amor, de suavidad y hermosura, había sido dirigida por sobrenaturales mandatos, por ordenaciones divinas.

Aquellos anuncios escalonados, por decirlo así, en la marcha de la Historia Sagrada desde el día de la primera desobediencia; anuncios tan so-

lemnes, tan claros y tan peregrinos, no tienen semejante en ninguna de las falsas religiones. La mujer prometida en el Paraíso como vencedora del mal, y que es esperanza bienechora de cuarenta centurias (1); la estrella que ha de salir de la tribu de Jacob y de la familia de David (2); aquella vara de la raíz de Jessé, y la flor graciosa que brotará de su tallo (3); aquella Virgen que concebirá y dará á luz un Hijo, que será llamado Emmanuel (Dios con nosotros) (4); aquella hija del Rey, aquel sol resplandeciente que cantaba David en sus Salmos (5); aquellos retratos acabados del Libro de los *Proverbios* (6) y del Libro del *Eclesiástico* (7); todo esto, Excmo. Señor, presenta la originalidad inimitable de las inspiraciones de la altura, despide vivísimos destellos de lo eterno y de lo infinito; y si algunos de esos bellos pasajes no nos designan por sí mismos la Virgen á quien aluden, las reverentes aplicaciones de la Iglesia, la sabiduría y la virtud de todos los Santos Padres, las tradiciones de la piedad cristiana, concurrieron de consuno para esclarecer nuestros juicios, y para acrecentar nuestra devoción y nues-

(1) *Gen.*, III, 15

(2) *Num.*, XXIV.

(3) *Isai.*, XI, 1.

(4) *Isai.*, VII, 14.

(5) *Salm.* XLIV, XLV y XVIII.

(6) *Prov.*, VIII.

(7) *Eccli.*, XXIV.